



ALESSANDRA
NEYMAR

Bajo el cielo de Roma

Empezó percibiendo el contraste de la temperatura conforme su cuerpo se despertaba. A Cristianno no le gustaba dormir desnudo, pero la mayoría de veces no le importaba. Señal de lo mucho que había disfrutado del sexo durante la madrugada.

Dormía boca abajo, con la espalda descubierta y los brazos formando un círculo bajo la almohada. Aún le quedaban unos minutos de sueño, así que insistió en agotarlos.

Pero su compañera era demasiado traviesa.

El Gabbana había perdido la cuenta de las ocasiones en que Kathia le había despertado haciéndole una broma. Maquillaje, espuma de afeitar, mensajes lascivos escritos en la frente. Un sinfín de recursos que, misteriosamente, jamás se agotaban, y divertían bastante al personal; pues su futura esposa tenía grandes habilidades como fotógrafa y sabía bien cómo captar un momento digno de fondo de pantalla para el móvil.

Sin embargo, los años le habían enseñado a anteponerse.

Justo como en ese preciso instante.

Kathia se había arrodillado en el suelo para quedar a la altura de su rostro. Ella ignoraba que su aroma a champú le había delatado. Cristianno no necesitaba abrir los ojos para saber que su prometida tenía el cabello húmedo, y que ocultaba su desnudez bajo un batín muy tentador.

Se preparó para atacar, pero antes esperó a descubrir qué método emplearía esta vez. Curiosamente solo notó el cosquilleo provocado por un dedo. Kathia se había decantado por despertarle haciéndole cosquillas.

La dejó perfilar sus cejas, soportando las ganas de echarse a reír. Enseguida bajó a los orificios nasales; en ese lugar, la tarea se complicaba. Y a continuación la clavícula. Kathia sabía que esa zona era muy sensible.

No lo soportó por más tiempo y capturó la muñeca de su compañera para

tirar de ella. Kathia contuvo un gritito al verse lanzada a la cama y tiritó de la emoción cuando Cristianno la atrapó con su cuerpo.

—Te has levantado revoltosa, ¿eh? —sonrió él dejando que sus caderas se abrieran un hueco entre las piernas de ella.

—Cada vez es más complicado —admitió ella con una gran sonrisa—. Qué malo es conocerse.

—A mí no me lo parece. Me ahorra hacer el ridículo.

Kathia capturó el rostro de Cristianno entre sus manos.

—Asume que estás muy guapo maquillado —murmuró divertida.

—¿Y cuándo no? —Le susurró en los labios antes de besarla.

Sus manos se deslizaron hacia la cintura de Kathia y tomaron el control del nudo del batín para deshacerlo. Lentamente, apartó la tela, abriéndose paso a la piel radiante de su compañera, que enseguida tembló bajo el contacto.

—¿No tenías una reunión hoy? —suspiró Kathia mientras se acomodaba a las caricias de su novio.

Era un hecho la adicción que sentía por ellas, y nunca menguaba. Continuaba estremeciéndose como el primer día, e incluso más.

—¿Ah, sí? No lo sé, lo he olvidado en cuanto he visto tu trasero.

Cristianno escondió el rostro en su cuello y comenzó a cubrirlo de besos suaves y muy delicados.

—Tenemos que hacer algo con esa concentración tuya —sugirió Kathia dejándole espacio.

—Ponerte algo de ropa, por ejemplo.

—No quiero. Además, no ha sido literal.

—¿El qué? —Se miraron muy de cerca.

—La perspectiva de mi trasero. —Kathia levantó una ceja dándole un toque de lo más travieso a su expresión.

Detalle que terminó de disparar la excitación de Cristianno.

—Cierto. Pero podemos arreglarlo. —Capturó las caderas de su novia y las empujó para darles la vuelta. Después, apoyó su pecho desnudo en la espalda de ella y le susurró al oído—: ¿Qué me dices ahora?

Una de sus manos navegó por entre sus piernas para acomodarse en el calor incipiente de su centro. Tanteó con las yemas de sus dedos hasta que logró robarle un gemido.

—¿Qué me dices tú? —jadeó Kathia, sin apenas aliento.

—Mierda, llegaré tarde por tu culpa.

—¿Por qué? —jugueteó ella dándole acceso a su boca.

—Nena, voy a follarte en esta posición.

Con un empujón, impulsó a Kathia para que su cuerpo adoptara la postura en cuatro.

Ella sonrió expectante, emocionada ante la idea de sentir a Cristianno desde atrás. Conocía a la perfección las extraordinarias habilidades de su compañero y el gran coito que le aseguraban.

—¿Bien duro? —provocó mirándole por encima del hombro.

—Dios, y tanto que sí —resopló él—. Prepárate.

Cristianno aumentó la presión de sus caricias en el sexo de ella. Su propia excitación ya alcanza la máxima rigidez y reclamaba toda la atención. Realmente necesitaba un contacto rudo y lascivo, y sabiendo que ella se lo permitía, e incluso lo deseaba casi tanto como él, nada le detenía para abrirse camino hacia su interior con una dura estocada. De hecho, deseaba hacerle el amor tanto como escuchar a Kathia jadear.

Sin embargo, Cristianno apenas pudo tentar la entrada.

El chasquido de la puerta principal neutralizó el rumor de sus respiraciones descontroladas. Vino acompañado de un jaleo que ambos conocían bien.

—*Excuse me!* —La inconfundible voz de Mauro.

«Tocando los cojones de buena mañana», pensó Cristianno bajo la sonrisilla resignada de Kathia.

—Joder, recuérdame que le quite las llaves —protestó mientras ella se acercaba a él.

Kathia rodeó su cuello, acomodando el pecho contra el suyo.

—¿A cuál de ellos?

—A todos. Sin excepciones —rezongó Cristianno.

—Siempre nos quedará la noche.

Se besaron castamente. Hacerlo como deseaban hubiera sido muy peligroso. No sabía qué demonios haría con toda la exaltación que sentía. Disimular aquello iba a costarle demasiado. Esperaba que una ducha le ayudara. Muy fría, a ser posible.

Saltó de la cama con frustración y se encaminó al baño seguido por Kathia, que ni siquiera se había cerrado el batín. Conforme abrió el grifo de la ducha y ella capturaba el secador, se dio cuenta a través del espejo de su expresión de estúpido embobado. El pecho de Kathia jamás podía ignorarse.

—¡Mujer, deja de exhibirte! —Se había indignado, algo que a ella le hizo mucha gracia.

—Pobre Cristianno.

—Bruja.

Se centró en lavarse, evitando mirar a su prometida. Tuvo suerte cuando la vio salir, y pudo terminar, orgulloso de haber sido capaz de adormilar su apetito sexual. Debía agradecerse a la tentativa de hipotermia.

Minutos más tarde, entró al comedor.

—¡Buenos días! —gritó su primo.

Sobre la mesa, un gran y apetitoso surtido de pastelillos. Y churros. No podían faltar los churros.

—Lo serían si no estuvieras aquí en este momento. ¿No tenéis casa, joder?

Su hermano Diego le ignoró, centrado en el periódico como estaba. Pero su precioso novio se encogió de hombros y adoptó una mueca de disculpa muy tierna.

—Lo sentimos, Cristianno.

Curiosamente, habló en plural cuando la realidad era que a sus dos acompañantes les daba absolutamente igual el haber interrumpido. Después de todo aquella no había sido la primera vez.

Se agachó para darle un beso en la frente.

—A ti te lo perdono todo.

—Más vale caer en gracia... —murmuró Diego, pero no pudo terminar porque recibió un pescozón—. ¡Oye, mocoso, respeta a tus mayores!

—Te hemos cortado el mañanero, ¿cierto? —sonrió Mauro al tiempo en que Kathia aparecía enfundada en unos vaqueros bien apretados.

Cristianno desvió la vista de su prometida. Se le vinieron a la mente muchas formas de arrancarle los pantalones. Pensó que cuando llegara la noche, no estaría nada mal echar un polvo allí mismo, en el comedor.

—Desde luego la confianza da asco —repuso ella, más que acostumbrada a este tipo de situaciones.

—¡Kathia! —Eric dio un salto—. Mira lo que te he traído.

Mostró un libretto en cuya portada podía leerse el título «Bajo el cielo».

—No... ¡No! ¡¿En serio?! —exclamó ella, aferrándose al libro. Ambos se pusieron a saltar como locos—. ¡¿Cómo me haces esto?! Tengo guardia hasta la noche.

—Podéis leerlo durante los descansos —sugirió—. Tengo otro para Dani.

—Ni de coña. Llevo semanas con la intriga.

Eric ya había coqueteado con la literatura, haciendo las delicias de todos a su alrededor. Pero esta obra era especial. Muy especial. Le había dedicado mucho tiempo.

—Le he dicho que el final es un poco flojo —comentó Diego, ganándose una mirada furibunda de su novio.

—Flojo, dice. Tienes la sensibilidad de una piedra.

—Pues esta piedra bien que te da lo tuyo...

—¡Ni se te ocurra! —le interrumpió.

Detalle que provocó las bromas de los Gabbana.

Mauro fingió llevarse un teléfono a la oreja y adoptó una falsa voz de mujer.

—Al habla la escuela de amaestramiento Albori, le atiende María Antonieta, ¿en qué puedo ayudarle?

Cristianno y él estallaron a carcajadas.

—Qué hijos de puta —rezongó Diego.

—Dejadle de una vez. —Kathia acarició los hombros de su cuñado y le entregó un café en cuanto se acomodó en la mesa—. Ignórales, Diego. Toma, desayuna, cariño.

Cometió el error de acercarle el plato de churros, y ese desayuno era, precisamente, una gran excusa para reír.

Más carcajadas.

—¡Kathia! —exclamó Diego.

—¡Tenéis la mente muy sucia! —se quejó ella.

—No lo sabes bien...

—Ya hablaremos tú y yo.

—No tenía pensado hablar... —Las miradas que Cristianno le entregó duraron lo suficiente para que ambos sintieran un escalofrío.

—En fin... ¿Se lo has enviado a Giovanna? —Kathia cambió de tema, volviendo su atención al libreto de Eric—. Está deseando leerlo.

—Lo tengo preparado.

—¡Ah, mi pelirroja! —lloriqueó Mauro.

—Ya estamos... —Cristianno llevaba semanas soportando lo mismo. Pero a su primo le daba igual.

—Ayer me dijo que había pensado volver para Navidad. Los exámenes la están agobiando y quiere aprovechar todo el tiempo en estudiar.

—Es lógico, Mauro —añadió Kathia.

—No dejo de pensar en fiestas con tíos en falda tocando la gaita y pintas, montones de pintas.

—¿Eso no es Escocia? —apuntó Diego.

—No nos hemos visto desde mi cumpleaños. Para cuando llegue Navidad habremos pasado tres meses sin vernos. ¿Os parece bonito? ¡Tres meses!

—Lo raro es que hayáis aguantado siete años juntos —dijo el Gabbana por lo bajo.

—Me dueles, Cristianno.

—¿Por qué no subes a verla? —sugirió Kathia—. Enrico podría darte unos

días.

—Lo he pensado, pero... no quiero que se sienta presionada.

Giovanna llevaba cerca de dos años preparándose para el máster en derecho internacional.

—A ella le gustaría mucho una sorpresa como esa. —Comentario que terminó por estremecer a Mauro.

—¿Te lo ha dicho? —Kathia asintió con la cabeza toda risueña—. Espera... —Enseguida cerró los ojos y se presionó la sien con la punta de los dedos.

—¿Qué hace? —murmuró Eric a Cristianno.

—Mentalizarse para la conversación con Enrico.

—Listo, vámonos —anunció saltando de la silla.

Dos horas después, y con una reunión de por medio, ambos Gabbana perseguían al Materazzi por los pasillos de la comisaría central.

La estrategia: hacerle la pelota al gran jefe de la policía romana.

—Enrico... ¿Estás estrenando traje nuevo? —Mauro no se cortó a la hora de meter mano—. Se te ajusta a la perfección. Eres como un dios griego, cabronazo.

—Suelta la corbata. —Al comisario general no le valían los cumplidos. Mucho menos viniendo de alguien como Mauro.

—Estaba comprobando la calidad de la tela.

—Seda china.

—Lo imaginaba, tú siempre eliges lo mejor, querido —sonrió Mauro mientras su primo lo observaba todo cruzado de brazos.

—¿Qué quieres? —Sin rodeos.

—¿Por qué iba a querer algo? ¿No puedo halagar a mi maravilloso jefe? —Pero la excusa ya era demasiado conocida por todos y no estaba funcionando. Así que lo mejor era recurrir a la verdad—. Una semana de vacaciones para subir a Oxford. —Lo dijo de carrerilla.

—Denegado —sentenció Enrico entrando en su despacho.

—No se lo ha tomado tan mal —le dijo Mauro a Cristianno.

—Parece que no.

—Yo creo que si achucho un poco, puedo conseguirlo.

—Por supuesto, no deberías dudarlo. —Una ironía.

Lo que Cristianno seguro no dudó fue presenciarlo todo en riguroso directo. Siguió a su primo al despacho de Enrico y cerró la puerta antes de acomodarse en uno de los sillones.

—Enrico, pichurrín precioso —canturreó Mauro, acercándose al mencionado.

—Deja de seguirme.

—Cinco días.

—No.

—¿Cuatro?

—Mauro.

—¡Por favor! Llevo un mes sin ver a mi pelirroja. Tú no sabes lo que es porque duermes con tu mujer cada día. ¿Imaginas el sufrimiento por el que estoy pasando? Apenas duermo o como. Ni siquiera tengo ganas de ver el fútbol —suplicó ante la mirada incrédula de Enrico.

—La semana pasada gritabas como un condenado con los goles de la Roma, además de haber engullido dos hamburguesas y quedarte frito en cuanto acabó el partido. —Cristianno no tuvo más remedio que darle la razón a su cuñado—. ¿Tengo que recordarte que incluso babeaste mi chaqueta?

—Bueno quizás he exagerado un poco —admitió Mauro—. Pero aun así, ¿no te doy pena?

—Ni una chispa.

—Eres el demonio rubio —masculló.

—Ya lo sé, me lo recuerdas constantemente.

—Enriquito precioso. —Y rápidamente regresó a la carga. Esa vez poniéndose de rodillas—. Sé que bajo toda esa fachada de demonio, habita un ángel resplandeciente y misericordioso.

Estaba terminando con la paciencia del Materazzi, que puso los brazos en jarras, inclinó la cabeza y resopló.

—Santo cielo... Tres días... —terminó aceptando—. Ni uno más. Como el lunes no estés aquí a primera hora, te juro que te pongo a hacer papeleo durante un mes.

—No, el papeleo no. Te prometo que el lunes estoy aquí a las ocho. No, a las siete.

—Suéltame la pierna. —Y es que Mauro se había aferrado a la pernera de su pantalón.

Rápidamente se levantó y se encaminó a la puerta.

—Doy por hecho que se me permite ir a preparar la maleta.

—¡Lárgate de una vez! —gritó Enrico. Pero el Gabbana le ignoró y miró a su primo.

—Alex tiene el día libre, ¿cierto? —Cristianno asintió con la cabeza—. Ya tengo ayudante.

Desapareció por la puerta todo orgulloso y emocionado.

—Te estás ablandado —sonrió Cristianno cambiando el sofá por la silla frente a Enrico.

—Ja, ja...

—En fin... ¿Cómo llevamos los rumores?

Cristianno enseguida centró la atención en los documentos que había sobre la mesa. Llevaban unas semanas recibiendo avisos extraoficiales de la red de vagabundos sobre la presencia de alguien extraño. Le habían apodado Sombra, dado que tenía unas habilidades un tanto peculiares. Como aparecer en distintos puntos de la ciudad a la misma vez.

—Con la de hace dos días, ya es la sexta muerte que se registra —confesó Enrico provocando que Cristianno frunciera el ceño.

—¿Todos ellos son informadores?

—Curiosamente, sí.

Ese asunto, sin aparente relación, lentamente llamaba la atención de la mafia.

Con el ceño fruncido, Cristianno se acomodó en su asiento y se mordisqueó un nudillo.

—Así que tenemos un fantasma pululando por los suburbios, ¿eh?

—No creo que sea algo que pueda enfocarse como una investigación policial, Cristianno.

El nombrado sonrió.

—¿Quieres que haga una visita? Sabes que me gusta pasear por la periferia de vez en cuando.

—Pero nada de ruido, que nos conocemos.

Habría reído más abiertamente si no hubiera sonado su teléfono.

—¡Papá! —saludó Cristianno en cuanto descolgó.

—¿Estáis juntos? —quiso saber Silvano. Que siquiera se hubiera tomado la molestia de responder al saludo anunciaba la llegada de conflictos.

—Sí. —Enseguida colocó la llamada en manos libres para que Enrico pudiera escuchar—. Adelante.

—¿Qué os parece un viaje exprés a Barcelona?

—¿Barcelona? —Y como el mayor había previsto, provocó confusión en Cristianno y Enrico.

—La Dama reclama, muchachos.

Ese nombre...

Su simple mención acompañada de la palabra reclamo hizo que todo su cuerpo se pusiera en tensión. Apenas pudo evitar recordar los días que pasó en Londres, lejos de Kathia.

La Dama no era alguien que llamara para pedir ayuda. De hecho, nunca había llamado con ese objetivo. Que ahora lo hiciera, no indicaba nada bueno. Mucho más sabiendo cómo estaba la situación en torno al caso de Siena Bornay.

—Voy para allá —anunció Cristianno antes de colgar—. Tú quédate. Seguramente tendremos que organizarnos —le dijo a Enrico poniéndose en pie.

—Aun así, deja que Thiago vaya. Si la Dama ha llamado al número especial, no sabemos a qué podemos enfrentarnos.

—De acuerdo. Dile que nos encontraremos allí.

Tres horas más tarde, Cristianno y Silvano Gabbana aterrizaban en el aeródromo de Sabadell, en Barcelona. La Dama esperaba junto a su fiel segundo y un séquito de seis hombres, custodiándole las espaldas.

Silvano fue el primero en acercarse. Cogió a la mujer por los hombros y le entregó un beso en la frente.

—Alicia Duarte.

—Silvano Gabbana —sonrió ella, muy reconfortada con la visita de los italianos—. Cristianno, ¿cómo estás, querido? —Ambos intercambiaron un par de besos en la mejilla mientras el mayor saludaba a Santiago.

—Mucho mejor al verte —admitió.

—Han pasado cosas —anunció la señora—. Cosas que estoy impaciente por contaros. Pero, ¿qué tal si antes os invito a cenar?

—Será un placer, mi querida amiga.

Silvano y Alicia se encaminaron al primer vehículo, dejando que el segundo fuera para Lasarte y el menor de los Gabbana.

—¿Qué tal estás, Santiago?

—Podría estar mejor.

Cristianno ya se hacía una idea.

—¿Tan grave es? —quiso saber.

—Me temo que sí.

Ambos hombres, que se habían conocido en el peor momento del Gabbana, mantuvieron un amable silencio hasta que llegaron al restaurante de un hotel en pleno centro de Sabadell.

Alicia ya se había encargado de alquilarlo al completo para evitar las miradas indiscretas de algún comensal. Así que la enorme sala estaba completamente vacía, excepto por dos camareros que no tardaron en servirles un aperitivo y unas copas de vino. Meros gestos para amenizar una conversación demasiado problemática.

—He perdido KL —confesó la señora, sin más preámbulos.

Silvano se llevó la copa a los labios, le dio un sorbo, volvió a apoyarla en la mesa y solo entonces habló.

—¿Gonzalo?

—Bingo.

Esa sonrisa triste que apareció en los labios de Alicia, dejó bien claro que no era lo único que le preocupaba.

—Pero hay más... —advirtió Cristianno, oteando a Santiago.

La señora carraspeó la garganta.

—Siena está en peligro. Ya conocéis las novedades que se han hecho públicas.

—Desde luego. —De hecho, Silvano y ella habían hablado horas después de la llegada de Siena a Barcelona sana y salva.

—Pero resulta que su amnesia esconde cierta información bastante controvertida —continuó la mujer—. Información que quieren contener.

Silvano echó mano a uno de sus puros. Le prendió fuego con habilidad mientras prestaba suma atención a lo que se comentaba.

—¿Matándola? —inquirió Cristianno.

—No, por ahora. —Esa fue la primera intervención de Santiago.

—¿Y la seguridad?

—Contamos solamente con los leales.

—Ya no es así —anunció Silvano—. Si un amigo necesita ayuda, su problema se convierte en nuestro problema. Tú mejor que nadie lo sabe.

Porque en el pasado, Alicia Duarte había sido el mejor apoyo que pudo tener Cristianno. Gracias a ella, la resolución de la peor etapa de sus vidas, pudo llevarse a cabo.

—Silvano, no estoy buscando que se me devuelva el favor —matizó Alicia.

Había reconocido en qué estaban pensando padre e hijo y no le gustaba que se sintieran en deuda con ella. Sobre todo porque haría cualquier cosa que estuviera en su mano por ellos. La amistad que compartían se remontaba a los días en que Silvano y Alicia apenas salían de la adolescencia.

—Y no es eso lo que insinúo —protestó el mayor—. Sé que nunca me harías pagar nada. Aunque esa deuda valiera una vida.

—No nos hagas recordarte qué tan importante eres para nosotros —añadió Cristianno, advirtiéndole que uno de los guardias contestaba una llamada.

Frunció el ceño al ver la reacción del hombre. Al parecer, su interlocutor le estaba entregando una información bastante inquietante.

Tras colgar, se acercó a su jefa en actitud solemne.

—Señora, tenemos un problema —dijo cruzando las manos sobre su regazo—. Nos avisan de que Siena y Se Jun se dirigen al Centro Forense.

La mujer le miró sorprendida.

—¿Para qué?

—El cónsul Cha Moon Sik se ha suicidado.

Realmente no sabían muy bien de quién demonios hablaba, pero por la reacción de Alicia dedujeron complicaciones.

—¿Cuántos hay con ellos? —quiso saber.

—Cuatro, señora.

—Son muy pocos...

Basándose en su propia experiencia y en todo lo que había aprendido como inspector de policía, Cristianno comprendió que la creciente preocupación de Alicia se basaba en el temor a una emboscada.

No disponía de la suficiente información, pero podía asumir que la presencia de Siena en el Centro Forense suponía una gran oportunidad para sus enemigos. El objetivo podía ser secuestrarla de nuevo o quizás eliminarla. Tal vez estaba exagerando.

Sin embargo, su intuición no solía fallar.

Echó un vistazo a Thiago, sentado al otro lado de la mesa. Este entrecerró los ojos; había llegado a las mismas conclusiones. Contaba con su apoyo.

—Puedo ir yo... —dijo Cristianno, clavándole una contundente mirada a Alicia.

—¿Lo harías? —murmuró ella, tentada con la idea.

Cristianno sonrió, se puso en pie, echó mano a su pistola y verificó las balas antes de volver a mirar a la señora.

—Ya lo estoy haciendo. —Entonces señaló a los agentes—. ¿Cómo es la

puntería de tus leales? ¿Tan buena como la de Ben?

—Por supuesto —respondió ella.

—Bien. Me bastaría con dos. Por si las moscas.

—Caballeros.

Alicia observó a Cristianno abandonar el restaurante. Podía respirar tranquila ahora que sabía que él protegería la retaguardia de Siena.